

tivo el hecho de que la procesión de 1979, como si fuera un reflejo de las cruciales transformaciones ocurridas en la vida española, haya cambiado también en su esencia y en sus aspectos fundamentales, disolviéndose la dinámica jerárquica de los grupos, la relación capataz-turbo, y otros aspectos, fruto más que de la tradición, de la necesidad de establecer un orden rector de esta actividad comunitaria.

A nivel de hipótesis de trabajo, y como guía para posibles investigadores, podemos señalar una serie de premisas. Por un lado, el presumible entroncamiento entre el grupo comunitario que la «turba» representa, y otras manifestaciones de carácter ya no religioso, sino simplemente folklórico, pero de profundo sentido atávico, como pueden ser los botargas de algunos pueblos de la Alcarria.

Resumiendo estas breves notas, que sólo aspiran a cumplir un cometido introductorio y orientador, podríamos ver en las «turbas» un fenómeno aislado, único y característico del vasto repertorio de las tradiciones populares españolas. Detectar en la procesión posibles influencias y orígenes, que nacidos en otro tipo de manifestaciones, se integran y se incorporan a la posibilidad de participar en una forma de exteriorización que la procesión les brinda, en cuyo caso tendríamos una doble vertiente: por un lado,

el origen y la idea de la «turba», obedecería a conformaciones del inconsciente colectivo anteriores a la procesión y en su desarrollo constituiría una extraña especie de contraprosesión, una negación colectiva y altamente caracterizada del propio sentido sociológico y de la retórica esencial de la Semana Santa.

Una última perspectiva nos puede hacer ver las «turbas» como el resultante de una voluntad de dominio de unas clases detentadoras del poder respecto a otros grupos sociales no cualificados. Esta interpretación vería las «turbas» como una especie de piedra de toque, que las Cofradías, nutridas por personas de las familias importantes de la ciudad, hacían posible para que, mediante el contraste, destacara más el rigor formalista y la metodología piadosa de las Cofradías, junto a la agresividad de las «turbas». A este respecto cabría recordar el dato de que en determinadas épocas las «turbas» estaban constituidas por grupos de origen penitenciario o asalariado.

Entroncada con elementos lúdicos, contestatarios, atávicos, transcripción de recónditos conflictos sociales y de sedimentos del inconsciente colectivo, extrañamente emparentada con el proceso de liberación que en otras culturas marca el Carnaval, las «turbas» representan un motivo de investigación para el hombre de letras, el sociólogo y el investigador, máxime cuando en él se dé, como es el caso de los que a continuación escriben, una amorosa condición de ciudadanía de la extraña ciudad que, desde el risco al llano, ofrece en un sólo itinerario este espectáculo alucinante y único.

Raúl CHAVARRI

DEL LIBRO

LAS TURBAS. 1980.



Fotografía: C. Albendea (1979 3.000 participantes)